

## ALGUNAS CUESTIONES RELATIVAS AL NACIMIENTO DE LA PRIMITIVA SOCIEDAD DE CLASES ENTRE LOS ANTIGUOS MAYAS \*

Por V. I. GULIAYEV  
Academia de ciencias de la URSS

En el momento de la conquista española las tribus del grupo lingüístico maya se extendían por una vasta región que incluía los actuales estados meridionales de Tabasco, Chiapas, Yucatán, Campeche y el territorio de Quintana Roo en México; toda Guatemala, Honduras Británica y las regiones occidentales de El Salvador y Honduras. A juzgar por los datos arqueológicos, los límites señalados coinciden más o menos con la propagación de la cultura maya en la época anterior, conocida como la época Clásica (primer milenio de nuestra era), que es cuando surgen ahí las primeras organizaciones estatales. El nacimiento de las primitivas ciudades-estados y sus características es una de las cuestiones más arduas y más complejas de la antigua historia del Nuevo Mundo. Además de la complejidad del problema en sí, el estudio se dificulta por la escasez de documentos. Desgraciadamente las crónicas españolas e indígenas guardan casi absoluto silencio con respecto a los acontecimientos históricos anteriores al siglo x. Ni las numerosas inscripciones jeroglíficas, ni los textos hallados entre las ruinas de las ciudades mayas han sido descifrados en su totalidad hasta el presente. Por tanto en lo que se refiere al periodo Clásico sólo disponemos de las fuentes arqueológicas; si bien no queda excluida la posibilidad de utilizar los documentos históricos posteriores y los datos proporcionados por la etnografía con el fin de lograr reconstrucciones retrospectivas.

V. M. Masson, apoyándose en amplios y abundantes materiales del territorio del Antiguo Oriente, señaló los siguientes rasgos característicos de la primitiva sociedad de clases: la existencia de un aparato administrativo, incompatible con un sistema tribal; un sistema

\* Traducido del ruso por Mercedes Mimó de Pintos.

de escritura; ciudades; tumbas reales.<sup>1</sup> Esta definición ha de servir también para determinar la existencia de primitivas sociedades de clases en la América precolombina. Tomando en consideración que los materiales arqueológicos de Mesoamérica (sobre todo en comparación con los centros de civilización del Antiguo Oriente) no han sido suficientemente estudiados y que se carece casi absolutamente de materiales escritos para el periodo analizado, el autor no se propone hacer un examen exhaustivo de un tema tan vasto y complejo como es la formación de la primitiva sociedad de clases en una de las regiones más notables del Nuevo Mundo. De hecho es imposible hacerlo dentro de los límites de un artículo para revista. Por lo cual a continuación se tocarán únicamente algunos aspectos del problema tratado.

### *La escritura*

Según el concepto tradicional que ha predominado en el transcurso de muchos años dentro de la literatura americana, la escritura y el calendario maya, por lo menos en la región septentrional de Guatemala, aparecen únicamente a finales del siglo III (la estela 29 de Tikal lleva la fecha calendárica correspondiente al año 292 de nuestra era).<sup>2</sup> No obstante los últimos trabajos de campo realizados en las regiones occidentales del territorio maya han puesto al descubierto un considerable grupo de antiquísimos monumentos de piedra con inscripciones jeroglíficas y fechas: la estela No. 2 de Chiapa de Corzo (año 36 a.C.).<sup>3</sup> La estela No. 1 de El Baúl (año 37 a.C.)<sup>4</sup> un trozo de estela con relieves y jeroglíficos de Kaminaljuyú (etapa de Miraflores, del final del primer milenio antes de nuestra era)<sup>5</sup> etcétera. En el curso de las recientes excavaciones de Tikal (Petén, en el norte de Guatemala) en uno de los frescos del templo (5D-Sub. 10-1) se descubrió la imagen de ilustre personaje suntuosamente vestido, con un alto tocado de plumas, al que servía de ornamento un jeroglífico, el símbolo "Akbal" del calendario (deno-

<sup>1</sup> V. M. Masson, El nacimiento de la sociedad primitiva de clases en el Antiguo Oriente, *Cuestiones de Historia*, 1967, núm. 5.

<sup>2</sup> E. M. Shook, Tikal, Stela 29, *Expedition*, 1960, vol. 2, núm. 2.

<sup>3</sup> B. Warren, A hypothetical construction of Maya origins, *Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, México, 1964, p. 298.

<sup>4</sup> M. D. Coe, Cycle 7 monuments in Middle America: a reconsideration, *American Anthropologist*, 1957, vol. 59, núm. 4, p. 603.

<sup>5</sup> M. D. Coe, *The Maya*, London, 1966, p. 68, tabla 14.

minación de un día en el calendario ritual de los mayas). Todo el edificio, al igual que la tumba que se halla debajo del mismo (sepultura 167), pertenecen al año 25 antes de nuestra era,<sup>6</sup> según se deduce de una serie de fechas radiocarbónicas. De ahí se infiere que el proceso de formación de la escritura y del calendario de los antiguos mayas concluyó, a más tardar, a fines del siglo primero antes de o a principio de nuestra era.

### *El problema de las ciudades*

Desde los tiempos de Gordon Childe la ciudad se ha considerado el rasgo más apropiado para clasificar las sociedades en civilizadas o bárbaras.<sup>7</sup> La dificultad principal reside en determinar las características concretas, preferentemente arqueológicas, gracias a las cuales se puedan diferenciar las ciudades de la época civilizada de las poblaciones y localidades bárbaras que con frecuencia ocupaban vastos territorios, contaban con numerosos habitantes, que dominaban diversas artesanías, y gozaban de potentes sistemas de fortificación. Los principales cambios económico-sociales que se verificaron en el seno de la sociedad al pasar de la organización tribal a la organización primitiva de clases, forzosamente tuvieron que reflejarse de la manera más notoria en el tipo de las poblaciones existentes, en su planificación general, en el tipo de las viviendas y de las demás construcciones.

Hay que mencionar, en primer término, el surgimiento de grandes conjuntos residenciales para morada de los soberanos de las ciudades-estados, de sus parientes y su séquito.

Los primeros conjuntos de palacios construidos por los mayas, según los datos arqueológicos, corresponden a los últimos tiempos de la época arcaica, es decir, a los últimos siglos antes de nuestra era (sirva de ejemplo la construcción A-1 en Uaxactún).<sup>8</sup> En la primera mitad del primer milenio de nuestra era existían ya imponentes conjuntos arquitectónicos como los palacios de Palenque, de Tikal y otros. Por regla general los palacios prehispánicos son largas construcciones con bóveda escalonada, que se erigían sobre plata-

<sup>6</sup> W. R. Coe, Tikal, Guatemala y la civilización Maya emergente, *Science*, 1965, vol. 147, núm. 3664, p. 1413.

<sup>7</sup> G. Childe, *Progreso y arqueología*, Moscú, 1949, pp. 29-32.

<sup>8</sup> G. Willey, Problems concerning prehistoric settlement patterns in the Maya Lowlands, *Viking Fund Publication in Anthropology*, vol. 23, p. 108. New York, 1956.

formas basamentos de poca altura. Por lo regular las construcciones se agrupan alrededor de uno o varios patios interiores rectangulares (como en los palacios de Palenque<sup>9</sup> e Iximché.<sup>10</sup> Además del soberano, de su familia, de sus parientes y de su séquito, en el palacio habitaban de manera permanente multitud de servidores, artesanos (indispensables para satisfacer las necesidades de palacio) así como los guerreros de la guardia palatina. Para mantener a todo este personal, que no se dedicaba a la producción directa de comestibles, se requería, indudablemente, una gran provisión de alimentos. Es más, en ocasiones de grandes calamidades públicas —epidemias, malas cosechas, guerras—, el soberano solía adoptar el papel de protector universal, de “benefactor” y salvador de sus súbditos. La más clara ilustración de esta tesis nos la ofrece un episodio de la vida del rey azteca Moctezuma I (realmente se escribía “Motecuhzoma”).<sup>11</sup>

En los años 1452-1453 como resultado de una larga sequía y malas cosechas, el hambre se enseñoreó del Valle de México. Los aztecas, desesperados, se presentaron al palacio del rey a pedirle ayuda, ofreciendo someterse voluntariamente a la esclavitud a cambio de su protección. Resultó que Moctezuma tenía tanto maíz en los graneros reales que bastó para alimentar a la numerosa población de Tenochtitlán (al iniciarse la conquista, varias decenas de miles de personas vivían en la ciudad). Para conmemorar este hecho erigieron un monumento llamado “la piedra del hambre”, que ensalzaba la bondad del soberano y representaba por medio de distintas imágenes y símbolos las calamidades que habían abrumado a los habitantes del Valle de México.<sup>12</sup>

Eso quiere decir que en los palacios de los reyes indios se acumulaba considerable cantidad del plusproducto de la labor social, destinado a satisfacer las necesidades de la corte y usado también para diversos objetivos estatales: campañas militares, construcción de canales, templos, caminos, etcétera.

<sup>9</sup> I. Marquina, *Arquitectura Prehispánica*, p. 614, pl. 186. México, 1964.

<sup>10</sup> G. Guillemín, *The ancient Cakchiquel capital of Iximche, Expedition*, 1967, vol. 9, p. 31.

<sup>11</sup> A pesar de la gran distancia cronológica que separa estas dos épocas, el autor considera perfectamente plausible emplear datos de la historia de los aztecas para verter luz sobre algunos problemas particulares de la historia de los mayas. No constituye impedimento el que los aztecas pertenecieran a una cultura distinta, ya que las principales civilizaciones de la Mesoamérica precolumbina se hallaban aproximadamente al mismo nivel de desarrollo social y económico.

<sup>12</sup> D. A. Chavero, *México a través de los siglos*, t. 1, pp. 555-563. Barcelona.

Otro detalle importante que caracteriza a la ciudad consiste en que los sencillos santuarios antiguos y los pequeños templos, se transformaron en la época de la civilización, en monumentales construcciones de piedra que se alzaban arrogantes en sus altas pirámides, por encima de las cabañas de la plebe. Se observan también notables cambios en la celebración del culto religioso. Los nuevos templos monumentales se erguían en las alturas, aislados con gran artificio de la mayoría de los creyentes. Es probable que sólo selectos sacerdotes y aristócratas tenían acceso a ellos. Esa es la conclusión a que llega R. V. Kinzhalov después de haber examinado las construcciones de los templos de Tikal: "Las altas pirámides en forma de torreones también inducen a creer que todos los rituales eran celebrados en lo alto, en el santuario, ya sea para mantenerlos ocultos de la plebe, ya sea porque no le concernían."<sup>13</sup>

La erección de templos monumentales en el territorio maya coincide con el fin del primer milenio antes de nuestra era. En Tikal, en el año 50 antes de nuestra era, en la región de la "acrópolis septentrional", sobre la cúspide de una pirámide de dos cuerpos escalonados se construyó un templo de piedra con dos salas (Str. 5D-Sub. 1-1st.); toda la fachada, a lo largo de la escalinata central, estaba ornamentada con enormes máscaras de jaguar, pinturas murales policromas y relieves de estuco. La base piramidal de este imponente edificio mide 13 x 11.4 m y tiene una altura de 4.4 m.<sup>14</sup> El templo erigido sobre la tumba 167 de Tikal (Str. 5D-Sub. 10-1st.) se remonta, según Coe, al año 25 antes de nuestra era. Está hecho de piedra, con el techo en forma de bóveda escalonada, que constituye el rasgo más notable de la cultura clásica de los mayas en el primer milenio de nuestra era.<sup>15</sup>

Es deplorable que casi no sepamos nada de la estructura interna del aparato administrativo de la época de los templos en la antigua América, ni del papel que desempeñaban los templos en la vida económica y política de la sociedad. Mas aunque sólo sea analizando los no muy abundantes datos históricos que se poseen referentes a otras tribus, digamos por ejemplo, a los aztecas, podemos conjeturar que los templos de Mesoamérica no servían únicamente para celebración del culto, sino que representaban además un gran papel en las esferas económica y política de la sociedad.

<sup>13</sup> R. V. Kinzhalov, *El arte de los antiguos mayas*, p. 46. Leningrado, 1968.

<sup>14</sup> W. R. Coe, Tikal, Ten Years of Study of a Maya Ruin in the Lowlands of Guatemala, *Expedition*, 1965, vol. 8, núm. 1, pp. 14-15.

<sup>15</sup> W. R. Coe, Tikal, Ten Years of Study of a Maya Ruin in the Lowlands of Guatemala, *Expedition*, 1965, vol. 8, núm. 1, pp. 18-19.

Sabido es que los señores de Tenochtitlán, después de sus campañas triunfales, regalaban, regularmente, a los templos, y en particular al templo azteca principal, dedicado al dios Huitzilopochtli, una parte de las tierras que habían conquistado, amén de diversas ofrendas y obsequios. Aún se conserva el códice jeroglífico azteca en el que se enumeran los tributos naturales que las diferentes regiones del país pagaban al templo de Huitzilopochtli. En la lista figuran, entre otras cosas, capas de algodón para los sacerdotes, resina aromática para perfumes, leña y madera para la construcción, piedras preciosas, etcétera.<sup>16</sup>

A fines del primer milenio antes de nuestra era en el territorio maya todos los conjuntos arquitectónicos de importancia —palacios y templos— se situaban aparte de la masa general de construcciones, en el centro de la ciudad, en lugares elevados y fortificados —en las “acrópolis”—, que señoreaban sobre los alrededores. Las “acrópolis”, reservadas para morada de la élite gobernante —la nobleza y los sacerdotes—, predominaban sobre el resto de la ciudad en sentido recto y figurado. Es de creer que cumplían función análoga a los “arcos” de las ciudades feudales del Asia Central y de las ciudadelas de Mohenjo-Daro y Harappa. Las “acrópolis” de los mayas, a diferencia de los refugios y ciudadelas de la época bárbara, que en ocasiones tenían semejanza externa con las “acrópolis”, se distinguen profundamente de los barrios de la ciudad que las rodean por la índole de los hallazgos. Puede servir de magnífica ilustración, para el caso, la “Acrópolis Septentrional” de Tikal —gran centro de la cultura clásica de los mayas en el norte de Guatemala. Únicamente en la zona de la “acrópolis” y en el barrio central adyacente existen grandes templos de piedra y palacios con gran número de afiligranadas estelas y altares. Exclusivamente ahí se concentran las más suntuosas sepulturas, que contenían valiosos objetos traídos de lejanas tierras y ornamentos de jade. Y cuanto más se aleja uno del centro, más abundan las ruinas de humildes viviendas con un modesto ajuar, y restos de talleres de artesanías (se descubrieron talleres para la elaboración de pedernal y obsidiana). Ahí no hay magníficos monumentos esculpidos, ni ofrendas rituales en las esquinas, ni grandes templos.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> D. A. Chavero, obra mencionada, t. 1, p. XI.

<sup>17</sup> W. Haviland, *Prehistoric Settlement at Tikal, Guatemala, Expedition*, 1965, vol. 7, núm. 3, pp. 17-22.

Tal aparente separación, por una parte de los templos y residencias de la élite gobernante, y por otra parte de la gran masa de la población urbana es característica para todo el territorio maya.

En caso de que no hubiera "acrópolis" propiamente, el efecto indispensable de separación se lograba por otros medios que no eran menos efectivos. Una profunda zanja dividía por el centro la ciudad de Iximché, capital de Cakchiquel: en la parte oriental tenía sus moradas la nobleza; en la parte occidental estaban las casas de la plebe.<sup>18</sup> En Mayapán, capital de los mayas yucatecos, las casas de la nobleza y de los sacerdotes estaban cercadas por un alto muro de piedra; el resto de los habitantes de la ciudad residía fuera del ámbito de esta ciudadela inexpugnable.<sup>19</sup>

A este respecto conviene mencionar la descripción de una ciudad típica de los mayas yucatecos, que el fraile español Diego de Landa hizo en el siglo XVI: "Antes de que los españoles conquistaran este país los habitantes indígenas vivían juntos en poblaciones muy bien organizadas. Sus poblados ofrecían el siguiente aspecto: en el centro de la población se alzaban los templos, con bellas plazas; alrededor de los templos estaban situadas las mansiones de los señores y de los sacerdotes; seguían las de las personas más ricas y respetadas, y en los extremos de los poblados se encontraban las casas de la gente más pobre..."<sup>20</sup> ¿Qué es, pues, una ciudad? No cabe duda que con el paso de los siglos este concepto ha ido cambiando de contenido. Para la época que nos ocupa, es decir, en el momento de la formación de los primitivos estados de clases, V. M. Masson propone la siguiente definición: la ciudad "es una gran población fortificada, centro de una región agrícola, donde florecen las artesanías y el intercambio comercial, tanto interno como externo".<sup>21</sup> En nuestra opinión el rasgo específico para definir una ciudad es que sus habitantes no son agricultores, como ya Gordon Childe indicó con gran acierto. Ni las dimensiones, ni el número de habitantes, ni las fortificaciones, ni los talleres de artesanías, ni las tiendas comerciales sirven para distinguir una ciudad de un poblado de épocas anteriores. El rasgo distintivo consiste en que la base fundamental de la

<sup>18</sup> G. Guillemin, obra mencionada, p. 26.

<sup>19</sup> Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*. Moscú, Leningrado, 1965, p. 113.

<sup>20</sup> Diego de Landa, obra citada, p. 133.

<sup>21</sup> V. M. Masson, Del surgimiento de la agricultura a la formación de la primitiva sociedad de clases, *VII Congreso Internacional de Prehistoriadores y Protohistoriadores. Informes y comunicados de los arqueólogos de la URSS*, Moscú, 1966, p. 164.

población urbana se componía de individuos que no participaban directamente en la producción de comestibles, que eran artesanos, funcionarios, comerciantes, sacerdotes, soldados, etcétera. Indiscutiblemente, los métodos estrictamente arqueológicos no bastan para resolver el problema de la estructura de la población urbana. Resulta indispensable la colaboración de los científicos especializados en diferentes ramas: arqueólogos, etnógrafos, sociólogos, economistas, etcétera. Actualmente se está realizando una labor de este tipo en Mesoamérica (especialmente en territorio maya), la cual va tomando mayor envergadura de día en día. Es cierto que los resultados obtenidos hasta el presente se refieren exclusivamente al final del periodo Clásico. Se ha calculado, por ejemplo, que en la parte central de Tikal, en un área de 3.5 millas cuadradas, en cierto momento, entre los siglos VIII-IX existían simultáneamente 2337 construcciones (una mínima parte de las cuales fue excavada, el resto se investigó por medio de pozos de sondeo o con otros recursos). Los edificios administrativos o religiosos no constituían más del 10%. A base de labores etnográficas y utilizando las crónicas españolas del siglo XVI, los científicos han calculado que entre los antiguos mayas cada familia de 5 o 6 miembros disponía de una casa, por término medio. Por consiguiente, según los cálculos más restringidos, durante los siglos VIII-IX en la zona central de Tikal residían de 10 a 11 000 personas.<sup>22</sup>

Por cuanto la mayor parte de la población de Tikal (la nobleza, los sacerdotes, la corte del soberano, los funcionarios, los militares, los artesanos, los comerciantes, etcétera) no tenía nada que ver con la agricultura, es obvio que, aun suponiendo que dentro del área de la ciudad vivieran personas que cultivaran parcelas de frutas o legumbres, o pequeños campos de maíz, en modo alguno hubieran podido abastecer al resto de la población. Tikal, lo mismo que las otras grandes ciudades mayas subsistía gracias a los grandes cultivos de la región agrícola que la rodeaba y que la abastecía de todos los productos del campo indispensables, primordialmente de maíz. Se ve que era una región tan vasta,<sup>23</sup> que en torno a la metrópoli se originó todo un grupo de pequeñas ciudades-satélite de menor importancia. (Yolantún, Chiquín-Tikal, El Encanto y otras) donde afluían los productos agrícolas procedentes de las aldeas antes de ser enviados a Tikal.<sup>24</sup> El hecho de que los mayas tenían un complejo sis-

<sup>22</sup> W. Haviland, obra citada, p. 23.

<sup>23</sup> Hay que mencionar que los antiguos mayas no tenían transporte rodante ni animales de carga.

<sup>24</sup> W. Haviland, obra mencionada, p. 23.

tema de grandes ciudades, con ciudades-satélite a su alrededor y pueblos agrícolas ha quedado demostrado con las últimas investigaciones arqueológicas del Petén (en el norte de Guatemala), realizadas por William Bullard.<sup>25</sup>

Al explorar Dzibilchaltún —gigantesco centro de la época clásica en la Península de Yucatán— en un área de 7.7 millas cuadradas (que equivale al 40% de la superficie total de la ciudad), los arqueólogos contaron 8 256 construcciones con paredes de mampostería o sobre fundamentos de piedra. Lo que da un total de unas 21 000 construcciones de piedra para toda la ciudad. Allí mismo se han descubierto además, aunque son apenas visibles, vestigios de un gran número de livianas construcciones de madera y barro, que fueron sin duda una gran parte de las viviendas de la población humilde. Sobre la base de los datos obtenidos, el arqueólogo americano Wyllys Andrews calculó que a fines del periodo Clásico (es decir, en los siglos VIII-IX de nuestra era) la población de la ciudad alcanzó la cifra de 100 000 personas. El propio Andrews estima que ello es claro indicio de que Dzibilchaltún era una población urbana y en ningún modo rural. Una de las principales ocupaciones de sus habitantes consistía en extraer sal de las ciénagas adyacentes para dedicarse luego a comerciar con tan valioso producto.<sup>26</sup>

De las cuatro mil construcciones descubiertas al excavar el territorio de la ciudad yucateca de Mayapán (siglos XIII-XV), 3 500 eran casas de vivienda y sólo 140, parece ser, eran edificios dedicados al culto. A juicio de los arqueólogos, Mayapán venía a tener una población de 11 o 12 000 personas.<sup>27</sup>

A juzgar por los datos arqueológicos y el testimonio de los documentos procedentes de los primeros años de la conquista, las antiguas ciudades de los Pokom (mayas de las tierras altas de Guatemala), como Mixco-Viejo, Chinautla, etcétera, poseían varias decenas de construcciones dedicadas a la celebración de los rituales y a la administración pública, y gran número de viviendas en plataforma-basamento. Los edificios públicos, entre ellos los palacios, los templos y las canchas para el juego ritual de la pelota siempre se situaban en el centro de la ciudad, en la cima de una montaña o de un cerro,

<sup>25</sup> W. Bullard, Maya settlement pattern in Northeastern Peten, Guatemala, *American Antiquity*, 1960, vol. 25, núm. 3, pp. 367-370.

<sup>26</sup> W. Andrews, Dzibilchaltun, northern Maya metropolis, *Archaeology*, 1968, vol. 21, núm. 1, p. 47.

<sup>27</sup> H. Pollock, R. Roys, T. Proskouriakoff, A. L. Smith, Mayapan, Yucatan, Mexico. *Carnegie Institution of Washington*, publication 619, Washington, 1962, pp. 205-211.

mientras las demás construcciones se adosaban a las laderas (parece ser que era también una forma peculiar de "acrópolis" natural). El número de habitantes de cada una de las ciudades de ese tipo oscilaba entre cinco mil y diez mil personas.<sup>28</sup>

A propósito de la naturaleza no agrícola de las antiguas ciudades de Mesoamérica, es oportuno mencionar que según las antiguas crónicas españolas muchos barrios de Tenochtitlán y Texcoco tenían mercados donde los habitantes de la ciudad adquirían a diario alimentos y otros artículos de consumo. Cuando Cortés decidió apoderarse de la capital de los aztecas, lo primero que hizo fue cortar las vías de comunicación, tanto terrestres como fluviales, que enlazaban Tenochtitlán con las aldeas de los alrededores. Al interrumpirse la constante afluencia de productos agrícolas la gran masa fundamental de la población no podía subsistir y la ciudad pronto tuvo que rendirse.<sup>29</sup>

En cuanto a los demás rasgos típicos de una ciudad organizada, puede decirse que no son signos distintivos de la misma, sino que son indicios de la cultura de la época de la civilización en su conjunto. Sólo que en la ciudad, como centro de las actividades políticas, religiosas, comerciales, culturales y de la artesanía, adquieren mayor relieve.

Tomando en consideración todos los datos recopilados hasta ahora, se puede llegar a la conclusión de que las características de la vida urbana que se han enumerado (los palacios, los templos monumentales, las "acrópolis") surgen entre los mayas a fines del primer milenio antes de nuestra era, es decir, en la linde de nuestra era. Lo cual coincide perfectamente con el momento en que aparecen las estelas y los altares mayas con inscripciones jeroglíficas y con fechas del calendario, es decir, con la característica que en la investigación arqueológica se considera decisiva para determinar las etapas iniciales de la civilización.

### *Las tumbas reales*

Sabido es que muchos investigadores soviéticos y extranjeros consideran el propio hecho de que existan suntuosas inhumaciones reales

<sup>28</sup> S. W. Miles, Maya settlement patterns: a problem for ethnology and archaeology, *Southwestern Journal of Anthropology*, 1957, vol. 13, núm. 3, pp. 239-241.

<sup>29</sup> W. T. Sanders, The Central Mexican symbiotic region, *Viking Fund Publication in Anthropology*, vol. 23, New York, 1956, p. 121.

como uno de los principales indicios de la existencia de sociedades primitivas de clases. Gordon Childe subraya, además, que las primeras tumbas reales se distinguen de las sepulturas ordinarias por sus grandes proporciones, por el estilo arquitectónico (la tumba del rey es una copia subterránea de su palacio) y por el género especial de las ofrendas (no sólo por ser ricas y suntuosas, sino porque incluían sacrificios humanos).<sup>30</sup>

“En la cavidad de una de las tumbas reales de Ur yacían 59 cadáveres, entre los cuales figuraban seis guerreros con las armaduras puestas y nueve mujeres cubiertas de valiosos ornamentos. Al terminar estas espantosas ceremonias, la sepultura se llenaba de tierra... y encima construían una especie de santuario fúnebre, que se comunicaba con la cámara funérea por conducto de un tubo de cerámica.”<sup>31</sup>

No podemos dejar de observar que existe asombrosa semejanza entre las ceremonias fúnebres propias de los gobernantes del Antiguo Oriente y las de los señores de la América precolombina.

En 1952, el investigador mexicano Alberto Ruz, durante las excavaciones del “Templo de las Inscripciones” en la ciudad de Palenque (Estado de Chiapas, México) descubrió en lo profundo de una pirámide de veintitrés metros (que servía de basamento a un templo) una cámara fúnebre con un sarcófago labrado, que pesaba varias toneladas.

En el suelo del templo había un orificio cuadrado, cubierto con una lápida. Resultó ser la boca de un túnel subterráneo con una angosta escalera que unía el templo con la cámara fúnebre, oculta en el grueso de la pirámide, casi en su base. A la entrada de la tumba se halló un tosco cofre de piedra con los restos de cinco jóvenes y una muchacha. La parte frontal del cráneo deformada artificialmente y vestigios de incrustaciones en los dientes, son prueba de que no se trataba de esclavos, sino de individuos de la nobleza, que así y todo fueron sacrificados en aras de algún poderoso personaje.<sup>32</sup> La cripta tenía cerca de 9 metros de longitud por 4 metros de ancho. El techo abovedado (la bóveda salediza es el rasgo más característico de la arquitectura maya) llegaba a 6 metros de altura. Las paredes, lo mismo que la bóveda, eran de bloques de piedra cui-

<sup>30</sup> G. Childe, *El Antiguo Oriente a la luz de las nuevas excavaciones*, Moscú, 1956, pp. 136-138.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 233.

<sup>32</sup> A. Ruz Lhuillier, *La civilización de los antiguos mayas*, Santiago de Cuba, 1957, p. 154.

dadosamente labrados. El interior del lugar estaba decorado con relieves de estuco, que parece ser representan a los nueve señores de las tinieblas, guardianes de los nueve mundos inferiores.<sup>33</sup> En el centro de la cripta había un enorme sarcófago de piedra cubierto de delicados bajorrelieves. Junto al sarcófago había unas vasijas de barro y dos magníficas cabezas de estuco, que habían formado parte de estatuas completas. “El haber sido arrancadas de los cuerpos y dejadas como ofrendas en la cripta, significa quizá la simulación de un sacrificio humano por decapitación, que parece haber existido entre los mayas en asociación con el culto del maíz” —dice A. Ruz.<sup>34</sup> En el sarcófago yacía cara hacia arriba, con las piernas y los brazos extendidos, el esqueleto de un hombre alto para el tipo maya (el esqueleto medía 1.73 m de largo). Se hallaba cubierto casi por completo de infinidad de ornamentos de precioso jade verde: una diadema con la figura del dios murciélago, ‘pendientes’, un collar, un pectoral, brazaletes de cuentas de jade; en el cinturón llevaba una figurilla de jade y cerca de los pies otra de la divinidad solar; y finalmente una máscara de mosaico de jade, que a juicio de A. Ruz, debe reproducir más o menos fielmente la efigie del personaje.<sup>35</sup>

El esqueleto y el interior del sepulcro estaban profusamente cubiertos de bermellón. Sobre la tapa del sarcófago se conservaban restos de diversos atributos jerárquicos e insignias del soberano muerto: un cinturón de trozos de jade, ornamentado con tres máscaras antropomorfas del mismo material y nueve pendientes de piedra en forma de hachuelas, un pequeño escudo redondo con la máscara del dios sol, y algo que es probablemente un cetro con la figura del dios de la lluvia en la parte superior y una cabeza de serpiente en la empuñadura.<sup>36</sup>

Un conducto de piedra en forma de serpiente unía el sarcófago con la superficie y llega hasta el piso del santuario. A. Ruz califica este conducto de “psicoducto”, destinado, según él asevera, a la comunicación espiritual de los sacerdotes y de los miembros vivos de la familia real con su difunto antepasado divino,<sup>37</sup> puesto que después del entierro la escalera se obstruía con pedazos de piedra, y entre la tumba y el templo quedaba sólo la ligazón mágica a través del “psicoducto”.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 155-156.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 159-160.

<sup>36</sup> A. Ruz Lhuillier, obra citada, p. 164.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 164.

Los atributos y distintivos del poder real, descubiertos en la cámara fúnebre del "Templo de las Inscripciones", han sido reproducidos ininidad de veces por el arte maya del periodo Clásico Tardío: en relieves, estelas, altares y frescos (en Quiriguá, Copán, Tikal, Yaxchilán).

En la epopeya maya-quiché, el "Popol-Vuh", que se considera escrita en el periodo Prehispánico, aunque ha llegado hasta nosotros en una variante posterior, se dice: "Él les dio las insignias de la fuerza del poder y todos los símbolos distintivos. Nacxit terminó de darles los atributos del poder. He aquí sus nombres: dosel, trono, flautas, tambores, piedras amarillas, garras de puma, cráneo de jaguar. . ." <sup>38</sup>

Es difícil precisar hasta qué punto sean acertados los atributos que se enumeran, mas algunos de ellos no cabe duda que servían de signos distintivos del poder real: por ejemplo el trono y el dosel. Resulta singular que entre los atributos reales se mencionen las garras del puma y la cabeza del jaguar, animal que desempeñaba importantísimo papel en el criterio religioso de los antiguos mayas. Y no es casual que la piel, los colmillos y las garras de este terrible soberano de la selva hallaran amplio uso entre los soberanos terrestres como atributos de su poder. Es más, el jaguar era considerado como un protector divino por muchas dinastías reinantes en las ciudades-estados de los mayas. <sup>39</sup>

En los relieves de piedra y en los frescos de la época clásica aparecen a menudo personajes envueltos en capas, con taparrabos o sandalias de piel de jaguar. Y su elevada posición social es puesta de relieve por el artista, ya sea gracias al tamaño o a cualquier otro recurso.

En fin, resulta bastante notable que en casi todas las más ricas y suntuosas tumbas mayas se encuentren colmillos, garras y a veces pieles de jaguar, aunque en muy mal estado. En el templo mayor de Tikal (Templo I) el "Templo del Jaguar Gigantesco", se halló una tumba con entrada, rica en contenido, que se remonta al año 700 de nuestra era. El inhumado yacía sobre una gruesa capa de sustancias orgánicas, que según determinaron los especialistas eran restos de pieles de jaguar. Allí mismo había colmillos y otros huesos de la misma fiera. <sup>40</sup>

<sup>38</sup> *Popol-Vuh*, Moscú-Leningrado, 1959, p. 144.

<sup>39</sup> T. Proskouriakoff, The lords of the Maya realm, in *Ancient Meso-america. Selected readings*, Palo Alto, 1966, pp. 168-175.

<sup>40</sup> A. Trik, The splendid tomb of Temple I at Tikal, Guatemala, *Expedition*, 1963, vol. 6, núm. 1, p. 89.

Con respecto a los sacrificios humanos hay que hacer constar que en los ritos fúnebres los ofrecían en rarísimos casos de gran solemnidad y siempre en número relativamente pequeño. En las tumbas de personajes de la nobleza suelen encontrarse uno o dos esqueletos de víctimas (tumbas 48, 166, 167 de Tikal). No obstante, ya se ha mencionado que en la famosa tumba del personaje del “Templo de las Inscripciones” de Palenque, se hallaron los restos de seis personas sacrificadas.<sup>41</sup> En Tikal el número de víctimas humanas en una sola tumba llegó hasta nueve (tumba 10, primeros siglos de nuestra era).<sup>42</sup>

El cronista español Diego Durán informa que los aztecas, durante el entierro del “Tlatoani” (cacique), sacrificaban de 50 a 60 personas.<sup>43</sup> Mas el número de víctimas humanas sacrificadas en la inhumación del rey Ahuizotl sobrepasó las doscientas.<sup>44</sup>

Entre los ornamentos y tesoros que solían acompañar al señor al mundo de ultratumba, descuellan las preciosas máscaras fúnebres, las cuales bien reproducían la efigie real del muerto, bien eran imágenes de alguna divinidad que por una u otra causa estaba ligada con la personalidad del difunto. El historiador español Antonio Herrera consagró largo tiempo al estudio de la cultura india, y observó que, “si moría el señor, las ceremonias fúnebres se celebraban con gran pompa, al difunto lo vestían con su mejor atuendo, le cubrían el rostro con una máscara...”<sup>45</sup>

Los nahuas “vistieron con el ropaje real al difunto (el señor de Azcapotzalco, Tezozomoc.—V. G.), colocaron a su alrededor todas sus insignias y le cubrieron el rostro con una máscara de mosaico, imagen cabal del rey muerto”.<sup>46</sup> En 1481, durante el solemne entierro del “Tlatoani” de los aztecas, Axayácatl, lo vistieron sucesivamente con los atavíos de los cuatro dioses de los cuales se consideraba representante en la tierra Huitzilopochtli, Tláloc, Yojuajalajua y Quetzal-

<sup>41</sup> A. Ruz Lhuillier, obra citada, p. 154.

<sup>42</sup> W. R. Coe, obra citada, pp. 27-28.

<sup>43</sup> D. Durán, *The Aztecs. The History of the Indians of New Spain*, New York, 1964, pp. 177-178.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 218.

<sup>45</sup> Antonio Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierras firmes del mar océano*, Madrid, 1726, 3, p. 99. (Subrayado de V.G.)

<sup>46</sup> M. Orozco y Berra, *Historia antigua de las culturas aborígenes de México*, 1951, p. 182.

cóatl. “Cubrieron su rostro con una máscara en forma de hocico de jaguar, con un pico igual al de un ganso.”<sup>47</sup>

En el territorio maya se encuentran asimismo máscaras de mosaico de jade y de concha en las tumbas y sepulturas más suntuosas (en Palenque, Tikal, Uaxactún, etcétera). En cuanto al cinabrio, ocurre que en la cosmogonía maya el color rojo está asociado con el Oriente, ya que es allí donde “nace” cada día el sol, después de su “muerte” cotidiana en Occidente. En consecuencia el Oriente es lugar de resurrección, y el color rojo, que lo representa en las tumbas y sepulturas, simboliza la inmortalidad.<sup>48</sup>

En el “Templo de las Inscripciones” hay una enorme lápida que cubre la parte superior de un sarcófago y está adornada con un bajo-relieve que ofrece una complicada composición: en la parte inferior hay una máscara estilizada de la divinidad-monstruo de la tierra (tiene la forma de un cráneo gigantesco con colmillos). Los indios de Mesoamérica asociaban a este dios con un monstruoso reptil, que se alimentaba de seres vivos, por cuanto todo lo vivo vuelve, al fin y al cabo, a la tierra. Sobre la máscara de la serpiente está sentado un hombre joven lujosamente vestido. Está un poco echado hacia atrás y se apoya en cuatro objetos, dos de los cuales son símbolos de la muerte y la destrucción (una concha y un signo parecido a “%”); los otros dos, por el contrario, simbolizan el germen de la vida (un grano de maíz y una mazorca). Más arriba de este personaje figura un motivo vegetal cruciforme —“el árbol de la vida” (o lo que es más probable una representación simbólica del maíz).<sup>49</sup>

La interpretación más acertada de esta escena es, a nuestro juicio, la que propone A. Ruz. “El personaje joven que descansa sobre el mascarón del monstruo de la tierra debe ser al mismo tiempo el hombre destinado a volver un día a la tierra y el maíz, cuyo grano debe enterrarse para que germine. El motivo cruciforme sobre el que el hombre concentra fervorosamente la mirada es el maíz nuevo, que con la ayuda del hombre y de los elementos naturales resurge de la tierra para servir nuevamente de alimento a la humanidad. A la idea de resurrección del maíz se asociaría para los mayas la propia resurrección del hombre.”<sup>50</sup> Así que las ideas esculpidas en el sarcófago del señor de Palenque nos transportan hasta una creencia muy

<sup>47</sup> D. Durán, obra mencionada, p. 176. *La máscara de jaguar con pico de ganso, atributo del dios del viento Quetzalcóatl.*

<sup>48</sup> A. Ruz Lhuillier, obra citada, pp. 161-162.

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 161-162.

<sup>50</sup> A. Ruz Lhuillier, obra citada, p. 163.

extendida entre los pueblos cultivadores de la antigüedad, que consiste en deificar las fuerzas de la naturaleza para adorarlas. “De la misma manera que Osiris, espíritu del trigo y de la vegetación, volvía a nacer cada año gracias al Nilo que fertilizaba el suelo en que sus miembros habían sido enterrados, para los mayas el joven dios del maíz resucitaba en cada cosecha gracias al sol y a la lluvia. En ambos casos el ciclo vital de la planta básica de la alimentación, interpretado como pasión y resurrección de la deidad, representaría para los hombres un ejemplo y una promesa de inmortalidad.”<sup>51</sup>

Queda por dilucidar con qué fin se consideraba necesario dar forma material a este criterio en las esculturas de la tumba de Palenque.

Ante todo es preciso subrayar un detalle bastante significativo: a causa de la pequeñez del túnel subterráneo y de la escalera, por una parte, y por otra parte el peso colosal y las proporciones del sarcófago de piedra, queda descartada la posibilidad de que lo trasladaran abajo por la escalera, después de construido el templo. Por consiguiente el sarcófago y la tumba constituyen el elemento principal de este conjunto; la pirámide y el templo son elementos subordinados, que fueron construidos encima de la tumba terminada, para protegerla de la ruina, para ocultarla a miradas indiscretas y con el fin de utilizarlos para rendir culto a la persona inhumada en el sarcófago. “Es de suponerse que el personaje enterrado fue el mismo que ideó y mandó construir el gigantesco mausoleo”, escribe A. Ruz.<sup>52</sup> Tampoco cabe duda alguna respecto al rango del personaje enterrado en la tumba del “Templo de las Inscripciones”. Los ritos típicos de la ceremonia fúnebre, ya mencionados, el gran trabajo colectivo invertido en la construcción de este gigantesco mausoleo, y, finalmente, los atributos del poder, bien conocidos por las representaciones de las estelas y relieves de la época clásica, corroboran que se trata del entierro de un jefe, de un rey, un “halach uinic”.

Magníficos sepulcros (situados en las pirámides que sirven de base a los templos y en contacto directo con los edificios de lo alto por medio de pasadizos especiales, escaleras o pozos) se han hallado también en otras ciudades mayas: en Chichén-Itzá,<sup>53</sup> Comalcalco,<sup>54</sup>

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 165.

<sup>52</sup> A. Ruz Lhuillier, obra citada, p. 163.

<sup>53</sup> E. H. Thompson, *The high priest grave, Chichen-Itza, Yucatan, Mexico, Anthropological series of the Field Museum of Natural History*, vol. 27, núm. 1, Publication 412, Chicago, 1938, pp. 16-42.

<sup>54</sup> F. Blom and O. Lafarge, *Tribes and Temples*, vol. 1, New Orleans, 1926, pp. 115-130.

Yaxchilán,<sup>55</sup> y en el mismo Palenque (Templo XVIII-A).<sup>56</sup> Solía ocurrir que la tumba del monarca o de otro personaje de la corte se construía debajo de la escalera central o en lo profundo de la pirámide de un templo ya terminado y en servicio. Es obvio que nos hallamos ante la manifestación arqueológica del culto que los antiguos mayas rendían a los reyes difuntos, a semejanza de lo que ocurría en el antiguo Oriente y en el antiguo Egipto. Pero mientras que en Egipto, pongamos por ejemplo, el templo funerario se erigía al lado de la pirámide que encerraba la tumba del faraón, en la América precolombina la misma idea halló expresión arquitectónica distinta: el templo funerario y la tumba del monarca se unían en un conjunto que formaba una línea vertical. A. Ruz, después de su brillante descubrimiento en el “Templo de las Inscripciones”, fue el primero en proponer la tesis de que los mayas habían erigido templos funerarios. Posteriormente el investigador norteamericano Michael Coe dedicó un artículo a esta cuestión.<sup>57</sup>

La existencia del culto a los reyes difuntos en la Mesoamérica precolombina y la conexión entre el templo piramidal y la tumba que en él se encierra, se hallan confirmadas por los documentos históricos de época posterior.

En las leyendas nahuas que se refieren a los creadores de la civilización de Teotihuacán, en el Valle de México, se dice, por ejemplo, lo siguiente:

Así se decía Teotihuacán, porque cuando morían los señores, allí los enterraban. Luego encima de ellos construían pirámides, que aún ahora están.<sup>58</sup>

Diego de Landa en su obra fundamental acerca de los mayas yucatecos (año 1566) señala: “en cuanto a los jefes y personajes ilustres, quemaban sus cadáveres, guardaban las cenizas en grandes vasijas y encima construían templos”.<sup>59</sup>

El cronista guatemalteco Fuentes y Guzmán (siglo XVI) describe así las ceremonias fúnebres celebradas en honor de los príncipes

<sup>55</sup> A. Ruz Lhuillier, “Estudio Preliminar de los Tipos de Enterramientos en el Área Maya”, *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*, t. 2, San José 1959, p. 191.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 189-190.

<sup>57</sup> M. D. Coe, The funerary temple among the classic Maya, *Southwestern Journal of Anthropology*, 1956, vol. 12, núm. 4, pp. 387-393.

<sup>58</sup> M. León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, 1961, p. 26.

<sup>59</sup> Diego de Landa, obra citada, p. 163.

gobernantes entre los mayas de las tierras altas: “Después de los rituales y de los discursos de despedida... colocaban al príncipe en la tumba con diversos tesoros —oro, plata, jade, cristal de roca y plumas de quetzal. Luego mataban a todos los esclavos que lo habían servido en vida, lo mismo mujeres que hombres, a fin de que pudieran seguir dedicándose a cuidar a su señor... Sobre la tumba amontonaban piedras y tierra hasta formar un túmulo, cuyas proporciones se hallaban en relación directa con la importancia del inhumado. Al terminar esta labor, hacían una estatua del difunto señor y con diversas ceremonias la colocaban en lo alto del túmulo. Y depositaban allí flores, substancias aromáticas, sacrificaban pájaros y fierecillas, y desde aquel momento el lugar se convertía en un santuario, puesto que atribuían propiedades divinas a la estatua, creyendo que del mismo modo que el príncipe los había gobernado durante su vida, también después de su muerte se preocuparía de su prosperidad y bienestar.”<sup>60</sup>

La tumba del “Templo de las Inscripciones” en Palenque es el ejemplo más brillante de las tumbas reales del territorio maya. Marca el estadio final de un desarrollo que perduró varios siglos.

Mas los últimos trabajos de campo que los arqueólogos americanos han realizado en Tikal (Petén) nos permiten examinar el estadio inicial del culto a los reyes difuntos.

En 1960 al excavar la “Acrópolis Septentrional” se hallaron tres interesantes sepulcros en la parte central de la antiquísima ciudad (sepulturas 166, 167 y 85). La sepultura 166 ocupaba una cámara rectangular hecha de piedra y con el techo en forma de bóveda salediza. En el centro del sepulcro yacía en el suelo, tendido de espaldas, el esqueleto de un adulto (el sexo y la edad resultó imposible definirlos a causa del mal estado de los huesos). Éste es el esqueleto “A”. Hay otra osamenta, designada “B” (parece ser de mujer), que al enterrarla fue desarticulada y colocada en un montón a los pies del esqueleto “A”. Por otra parte el cráneo del esqueleto “B” fue separado de los otros huesos y puesto en una vasija de barro. El esqueleto “A” tenía puesto un collar de cuentas de jade y conchas, púas de erizo de mar y un amuleto de concha con la imagen cincelada de una deidad. Los muros del sepulcro, cubiertos de estuco por el interior fueron pintados de rojo (compárese con la tumba de Palenque), y cubiertos de complicados murales trazados en negro,

<sup>60</sup> S. W. Miles, The XVIth century Pokom-Maya; a documentary analysis of social structure and archaeological setting, *Transaction American Philosophical Society*, n. s., 1957, vol. 47, pt. 4, p. 749.

los cuales se hallan en mal estado. Hasta ahora se ha conseguido revelar seis figuras antropomorfas, espléndidamente ataviadas, con afiligranados tocados. Encima del sepulcro pronto fue construido un pequeño templo de madera y arcilla que se alza sobre una plataforma de color rojo, el cual se ve estaba destinado a determinadas funciones. Este santuario cerraba herméticamente la boca del foso que conducía a la tumba de la sepultura 166. Según el resultado de una serie de análisis radiocarbónicos todo este conjunto data del año 50 antes de nuestra era.<sup>61</sup>

La sepultura 167 era también una tumba rectangular con bóveda salediza. En el suelo, boca arriba, con la cabeza vuelta hacia oriente, reposaba la osamenta de un hombre adulto (esqueleto "A"). Sobre el cráneo tenía una vasija grande de barro que encerraba en su interior el esqueleto incompleto y desarticulado de una mujer. Junto a los huesos de las extremidades inferiores del esqueleto "A" se encontraba otro vaso de cerámica con los restos de una criatura de nueve meses. Sobre el esqueleto masculino y a su alrededor se hallaron collares y brazaletes de conchas, púas de erizo de mar y una estatuilla votiva antropomorfa de piedra verde. En la parte norte de la tumba, que data según  $C_{14}$  del año 25 antes de nuestra era, se hallaban nuevas vasijas de barro y una urna policroma, cubierta de pinturas.<sup>62</sup> Inmediatamente después de construida la tumba y una vez terminadas las ceremonias fúnebres se erigió la construcción 5D-Sub.-10-I. Sobre una plataforma roja de dos cuerpos escalonados de 3 x 3.3 m se elevaba un diminuto templo de piedra con bóveda salediza. En el interior del santuario, los muros, cubiertos de estuco y pintados de rojo, conservaban restos de murales policromos: figuras humanas suntuosamente vestidas, que llevaban ricas máscaras y algunos motivos del reino vegetal.<sup>63</sup>

Ofrece un cuadro aún más interesante la sepultura 85, que se remonta, según los datos de  $C_{14}$  al umbral de nuestra era ( $16 \pm 63$  de nuestra era y  $1 \pm 46$  antes de nuestra era). En el suelo de la cripta, hecha de piedra y cubierta por una bóveda salediza, se encontró un solo esqueleto de hombre adulto. El cráneo no fue localizado; en su lugar había una magnífica máscara de piedra verde, los ojos y los dientes hechos de conchas incrustadas.<sup>64</sup> Aunque imita con bastante realismo las facciones de un joven, es poco probable que sea la reproducción de la efigie del muerto. El caso es que en la parte

<sup>61</sup> W. R. Coe, Tikal, Guatemala, and emergent Maya..., p. 1412.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 1413.

<sup>63</sup> W. R. Coe, Tikal, obra citada, p. 19.

<sup>64</sup> W. R. Coe, Tikal, Guatemala, and emergent Maya..., p. 1414.

superior de la máscara hay una diadema con una estilizada mazorca. Lo cual indujo a R. V. Kinzhalov a considerarla como “una antiqúisima representación de la deidad del maíz”.<sup>65</sup> Si su conjetura es acertada, quiere decir que nos hallamos ante la tumba de un ilustre personaje, oculto bajo la máscara del dios del maíz; eso nos recuerda inmediatamente análogos temas del maíz en la tumba del “Templo de las Inscripciones”, así como los rituales funerarios de los aztecas, que vestían a los soberanos difuntos con los trajes y máscaras de los diferentes dioses.

Conociendo el papel colosal que el maíz desempeñaba en la economía y en las creencias religiosas de los antiguos mayas, no debe asombrarnos que los monarcas de las ciudades-estados, quienes evidentemente tenían en sus manos el poder temporal y espiritual desde tiempos remotos, tomaran parte en diversidad de cultos agrícolas. En la estela 40 de la ciudad de Piedras Negras (norte de Guatemala) aparece una escena muy curiosa: en la parte superior del monumento hay un personaje suntuosamente vestido que lleva puesta una corona de hojas de maíz; arrodillado en una plataforma baja (tal vez represente el trono) arroja al suelo puñados de maíz. En la parte inferior el artista reprodujo la figura convencional del dios de la tierra. Retoños de maíz enmarcan toda la escena.<sup>66</sup> Es probable que represente la participación del jefe de la ciudad en la siembra ritual del maíz, ceremonia que nos recuerda el culto agrario de Egipto y del antiguo Oriente, en el cual participaban los reyes.

Una vez terminadas las ceremonias fúnebres, encima de la tumba 85, al igual que en las otras dos tumbas mencionadas, se erigió un pequeño templo que descansa sobre una plataforma de color bermeillon.<sup>67</sup>

De manera que el hábito de construir santuarios encima de las sepulturas de los personajes de elevado rango social nació entre los mayas (por lo menos en Tikal) en el primer siglo antes de nuestra era. Hay que señalar que los tres sepulcros de Tikal que acabamos de examinar ocupaban criptas de piedra de bóveda salediza, estructura que corresponde a los modelos arquitectónicos más antiguos usados en las construcciones de piedra con bóveda en el territorio de los mayas. Posteriormente, en la época clásica, (primer milenio de nuestra era) las construcciones de piedra con bóveda salediza figuraban sólo en dos tipos de edificios: en los templos de

<sup>65</sup> R. V. Kinzhalov, obra citada, p. 36.

<sup>66</sup> S. G. Morley, *The ancient Maya*, Stanford, 1947, Lám. 54.

<sup>67</sup> W. R. Coe, Tikal, Guatemala, and emergent Maya..., p. 1414.

mayor importancia y en los palacios. En lo que se refiere a la arquitectura funeraria, lo mismo en la época más antigua que en épocas posteriores, los sepulcros de piedra con bóveda se construían únicamente para enterrar a los personajes más ricos e ilustres; cosa natural si se tiene en cuenta que la morada de los difuntos solía ser una imitación del modelo de las residencias que los cobijaban en vida.

Las características de la primitiva sociedad de clases de los mayas, anteriormente mencionadas (sistema de escritura, ciudades, sepulcros reales) no emergen de lo profundo de la época arcaica hasta el primer siglo antes de nuestra era, en los umbrales de nuestra era. Éste parece ser el momento que con acierto puede llamarse etapa inicial de la civilización en esta región del Nuevo Mundo.